

EL MISTERIO DE LA VERDAD¹

Los seres humanos vivimos hoy una situación muy extraña: la de compartir la miserable experiencia de no tener nada que compartir. Experiencia que viene madurando día a día un nuevo y desconcertante modo de soledad: estar atados a los otros por múltiples lazos de tangencia —sólo de tangencia—, todos precarios, convencionales; de estar atados por múltiples contratos y alianzas, por múltiples discursos que se tocan en algún punto, pero no llegan a confluir hacia un tiempo verdaderamente solidario, común. A cada momento estamos a punto de ser desolados por una suerte de falsa presencia de los otros o por una presencia deficitaria, tanto en el plano personal como social.

Tal estado de desbande (cada uno a lo suyo), tal asociación quebradiza, que como opinión pública se deja interrogar estadísticamente sobre cualquier cosa las 24 horas del día, no permite en absoluto que hablemos de una experiencia compartida en el sentido de 'estar en lo mismo' y de sentir con la fuerza madura del sentimiento una co-pertenencia real.

¹Texto de la presentación del libro *De Veritate*, de Santo Tomás de Aquino, en traducción, prólogo y notas de Humberto Giannini y Óscar Velásquez.

A causa de esta situación, es comprensible el extraordinario prestigio ganado en las últimas décadas por la hermenéutica, por la filosofía del diálogo, de la comunicación, por la ética; especialmente, por la ética, en la esperanza de que estas disciplinas sean como un saber de salvación que ilumine nuestro itinerario de navegantes sin brújula.

Es en esta atmósfera que hace algunos años nos pareció útil, a Óscar Velásquez y a mí, reproponer la disputa en torno a la Verdad, a partir de un pensamiento tan nítido y contundente como el de Santo Tomás. La búsqueda de la Verdad, el anhelo de aclaración, de transparencia en nuestras relaciones con el mundo y sobre manera, en nuestras relaciones con el prójimo, es algo que a todos nos importa; algo en lo cual nos va nuestro propio ser. No se puede decir, pues, que éste sea un tema propio sólo de filósofos.

Examinemos brevemente la amplitud y la dificultad del problema.

Es evidente que la Verdad no es una cosa, una entidad que se pueda describir mirando fijo hacia un solo punto; la Verdad es una relación. O, mejor aún, la cualidad que toma una cosa iluminada por otra, referida a otra. Por ejemplo: la cualidad de veraz que toma lo que digo referido a lo que realmente estoy pensando en mi juicio interno; o la cualidad de verdadero que toma un juicio cuando dictamina lo que una cosa es en sí misma; o la cualidad de verdadera que toma una cosa si es realmente lo que parece o lo que debiera ser; en fin, la cualidad de verdadera que toma una conducta en cuanto no esconde otras intenciones que las que muestra abiertamente.

Así, pues, de la proposición, del juicio, de la acción, de las cosas, del mundo, etc., es predicable este término 'verdadero' como expresión de una cualidad que le llega a algo por referencia a otra cosa. A causa de esto, y también por otras razones, los medievales llamaban a la Verdad, así como al Bien, trascendentales.

Pero lo cualificado, lo iluminado —llámese cosa buena, llámese cosa verdadera— no explica a la luz misma. Luz que va más allá, que trasciende, todas las cosas, sin abandonarlas jamás, simplemente porque entonces éstas dejarían de ser, se vanificarían.

Respecto del Bien, decía Platón —y toda la tradición antigua y medieval lo repitió— que 'bien es aquello a lo que tiende todo lo que existe'. Y respecto de la Verdad es famosa aquella expresión tomista que dice: 'No se juzga a la Verdad sino según la Verdad'.

Lo que nosotros quisiéramos señalar es que estos trascendentales —Bien y Verdad—, desterrados de las grandes preocupaciones del mundo de hoy, representan los dos grandes supuestos de la comunica-

ción, en general, la razón por la cual comunicarse puede tener aún algún sentido.

Hablamos porque tenemos algo que decir, algo que proponer, algo que informar y que interesa a los demás y que hace preferible la palabra al silencio. En todos los planos en los que el ser humano toma o recibe la palabra, se supone una voluntad, por mínima que sea, y que Spinoza diría de “bien comunicable”, de bien común.

Ligado a este primer punto, hay además, aunque sea mínima, una voluntad de Verdad, sin la cual no habría absolutamente nada que hacer común en el acto de comunicar.

Hablamos porque creemos que nuestras palabras describen la situación, la realidad que dicen. Que al hablar, participamos —emisor y destinatario— de una y la misma situación a la que alude nuestro lenguaje. Y aun en el caso de que alguien dijese que la Verdad es imposible, no dejará de pretender estar juzgando según ella, participando de esa realidad excluyente que nos está comunicando.

‘No se juzga la Verdad, sino según la Verdad’.

El error de los críticos del pensamiento tomista, entre otros Heidegger, es el haber supuesto que esta Verdad ‘según la cual’ se juzga, se refiere a una verdad material, y que, entonces, implique una suerte de mandamiento al que debieran acomodarse todos nuestros juicios.

Pero, la posición tomista es radicalmente otra y —esto es lo singular del caso— no muy lejana de lo que el mismo Heidegger expresara en el opúsculo ‘Sobre la esencia de la Verdad’.

‘La esencia de la Verdad es la Libertad’. Tesis que habría apoyado o que habría sostenido, sin titubeos, Santo Tomás. En primer término, porque hablar según la Verdad es, siguiendo el texto tomista, ser medido, dejarse medir, por las cosas (Q.I., art.2 in corp.); disponibilidad de sí para lo otro y no voluntad de apropiación. Tal voluntad resulta ser radicalmente opuesta, se comprende, a la idea de libertad tanto en el sentido tomista como heideggeriano. Expresada al modo de Protágoras, ‘—el hombre es la medida de todas las cosas’— a primera vista no pareciera ser la negación de la libertad, sino su exaltación.

Pero, el gran supuesto de esta confianza contemporánea, en fin de cuentas, en la técnica, es que el otro no llegará jamás a ser lo otro; lo meramente apropiable.

La esencia de la Verdad es la Libertad. Tesis que, decíamos, abiertamente apoyaría Santo Tomás, en segundo término, por cuanto el acto más explícitamente humano de relacionarse a la Verdad es el acto de juzgar. Juzgar es determinarse a ser y actuar medido por estas cosas

cambiantes e inciertas del mundo. Cuando el alma arriesga un 'sí' o un 'no'— una afirmación o una negación, 'este acto del entendimiento es algo propio de él, que no se encuentra fuera', así lo dice Santo Tomás. Un modo de elegirnos en medio del mundo, pero con la mirada puesta en el mundo.

Así tenemos, pues, que este continuo determinarse, determinando cómo están las cosas, al mismo tiempo que es un acto reconocible de un ser libre, internamente libre, es lo más propio de la Verdad, humanamente considerada. La esencia de la Verdad es, pues, la Libertad.

Ahora bien, si esto es así, todo individuo está en condiciones de decirla o de hacerla. La experiencia de la Verdad como relación participativa al mundo, al ser, es ante todo una dimensión de la vida individual. Sólo secundaria y abstractamente de la filosofía o la ciencia.

Presenciamos hoy el extraño espectáculo de un subjetivismo distraído, en cuanto los otros creen que existen, pero a mí me importa poco o casi no me doy cuenta. Subjetivismo al cual le es odioso hablar en serio de razones, o establecer criterios de Verdad o de Justicia para las tantas empresas a las que se lanza. Es siempre mejor ser prácticos.

El texto de Santo Tomás es una disputa; una convocatoria pública, con llamado de campanas, a enfrentar el problema, el misterio de la Verdad. Leer, estudiar este texto nos parece que abre la posibilidad de reconquistar horizontes, modos antiguos de percepción que es bueno conocer y, tal vez, recuperar a nuestra manera.

Por eso agradecemos a la Editorial Universitaria esta nueva y hermosa edición del *De Veritate*, de Santo Tomás, que se ofrece al estudiante y al estudioso de habla española. Una buena noticia para la filosofía, su reedición.

También es un acontecimiento para la filosofía contar esta tarde con la presencia no de uno sino de dos rectores. Al doctor Jaime Lavados, rector de la Universidad de Chile, agradecemos hoy su constante apoyo a la investigación filosófica; al señor Juan de Dios Vial Correa, Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile, su sugerente, clarificador, elogioso y certero estudio sobre el texto. Quisiera agregar que su presencia en esta sala "Ignacio Domeyko" nos parece un hecho significativo de colaboración y amistad universitarias que rara vez ocurren en nuestra historia. A todos nuestros colegas y amigos nuestra gratitud, por habernos acompañado en este acto solemne de recogimiento y celebración.

HUMBERTO GIANNINI ÍÑIGUEZ